

CAPÍTULO IV

Dispersión de las razas.— Los grandes imperios.— Emigraciones.— El pueblo de Dios.
Genealogía de la humanidad.— Las razas humanas.— Sus caracteres.

El Oriente es la cuna del género humano. En los primeros días que siguieron al cataclismo universal, vivían los hombres, reunidos al rededor de Babel, en las llanuras de Senaar. Más dilatados horizontes se abrían á su destino. La tierra estaba entregada toda entera á las incursiones y á los establecimientos de la posteridad de Noé; era necesario que conociese y ocupara su dominio. Dios, por la confusión de las lenguas, da la señal, y la humanidad se pone en marcha.

Las familias, dispersándose, se dirigen al Norte como al Sur, al Oriente como al Occidente. Corren, se impelen, cruzan, se extienden, y ocupan con ávida ansiedad los desiertos desconocidos, que vendrán á ser su patria.

Así llegaron á Europa, por el grande y frio camino de la Scitia; al Africa, por la Abisinia, en comunicacion con la Arabia; á América, en fin, por el estrecho de Behring, que quizá fué en otro tiempo un istmo entre los dos continentes.

Estos infatigables viajeros no se detuvieron más que en las extremidades de la tierra. El Asia fué naturalmente la primera habitada. Ofrecía terrenos más próximos, más seguros y más cómodos á las tribus que allí se fijaron desde luego; las que la abandonaron, no se alejaban sin duda de buen grado y por propia voluntad. Pero la poblacion creciente buscaba en la extension de la tierra la satisfaccion de sus necesidades, con el auxilio de las artes primitivas, la caza, la pesca, de las yerbas y de las más simples producciones. Sem habia plantado sus tiendas en las llanuras originales; Cham y Jafet tuvieron tambien las suyas.

Luego, en estas comarcas, que pueden llama-

marse propiamente antiguas, se fundan y destruyen los imperios. La Historia, durante un período de doce siglos, no sale apenas de los límites del Asia; y en esta Asia comprendemos tambien el Egipto, segun lo hacian los antiguos: el Asia entonces era el mundo.

Dejemos, pues, á los hombres devorar el espacio. Dejemos, entre los desconocidos de la América, nacer y morir una civilizacion poderosa, de la cual se encuentran algunos vestigios, sin duda, en medio de los desiertos actuales. Dejemos á la abrasadora Africa, que todavía no ha abierto á la ciencia su seno misterioso, dividirse entre las pequeñas y brutales hordas de Canaan.

Un interés más vivo nos mueve á seguir á los hijos de Jafet. Las bandas más atrevidas, las primeras divisiones de los *aryas* primitivos, volvieron sus pasos hácia esta Europa templada, que deben adoptar por morada, y de la cual fueron un centro de poder y de luz. Aquí vendrán desde luego los *iberos*, los *eusharos*, como se llaman todavía estos pueblos heroicos, que han hecho pacer sus ganados desde las gargantas del Cáucaso y las orillas del mar Caspio, hasta los montes Pirineos, en donde sus costumbres y sus tipos se distinguen todavía entre sus últimos descendientes.

Después de estos primeros invasores, se lanzaron los *galos*, indolentes y bravos aventureros, mezclando por todas partes su sangre y su nombre con la sangre y el nombre de los iberos. En fin, se presentaron los *pelasgos* (1), atrevidos constructores, salidos del Taurus, y que después de haber cubierto el Asia Menor,

(1) *Pelasgos* ó *pelargos*, errantes.



avanzan paso á paso en la Tracia, ó por las islas del mar, dejando acá y allá los monumentos de su tránsito, y no se separan más que para invadir en dos divisiones, por el Sur y por el Norte á la vez, los países de Occidente, cuya ocupacion realizan.

España, Germania, Galia, Grecia, Italia, Bretaña, todo es poblado, y hé aquí de nuevo á las razas en presencia y en lucha sobre los diversos puntos de esta parte del globo. Las tribus se atacan, se exterminan, desaparecen; en todas partes hay confusion, guerra y choque.

De este inmenso volcan, donde bullen tantos elementos diversos, surgirán más tarde los pueblos europeos. Esperemos un instante.

Ya, entre tanto, el viejo Oriente, que se basta á sí mismo, ofrece un notable aspecto. En el centro están la vida y la accion.

Se vuelve á encontrar más tarde la huella de los *Aryas*, este pueblo primitivo que puebla la llanura central, funda la nacion persa, descendiendo hasta la India, y coloca sus ramificaciones sobre los confines de la Europa.

En esta vieja Asia, se extienden las fértiles comarcas de la Caldea y de la Asiria; un poco más arriba, el Iran ó la Persia; á la izquierda, la Armenia ó Haíasdan. Al S., todo á lo largo del Golfo Pérsico, y de este golfo hasta el mar Rojo, está la Arabia Antigua, semillero de bárbaros, que invaden los campos civilizados del centro. Las fronteras de la Scitia flotan indecisas al N.; aquí, acampan Gog y Magog; allí, otros bárbaros, siempre nómadas como los árabes, andan errantes en las llanuras, y recorren las montañas del Imaüs ó Cáucaso. Esta escena tan variada, tan movable y tan frecuentemente trasformada, está guarnecida de tres masas sólidas y aisladas. Concentradas en sí mismas, apenas alcanzadas por las violentas revoluciones que cambian el Asia, la China al NO., la India al SE., y el Egipto al SO., son como tres baluartes fuertemente asegurados.

Todos estos países se constituyen; pero á medida que los pueblos se afirman sobre su suelo, se unen á él con el mayor apego, no llevan ya sus miradas más allá de él, y pierden de vista su origen comun; al mismo tiempo, en su pro-

pio suelo todos se dividen en castas. Las masas sufren y los sábios imperan; este es el tiempo de los cálculos sin límites y de las hipótesis fabulosas, que el orgullo oriental aduce. Cada nacion ha creado una antigüedad estravagante: el Egipto reclama quince ó veinte mil años de existencia; la China no ha vivido ménos, la Caldea cuenta por cien mil los años de su existencia; la India, en fin, por millones y billones. Pero en realidad, los más antiguos Estados que se producen después de la noche, en la cual se realizó la dispersion de las razas, no adelantan poco más de tres mil quinientos años al advenimiento de la era cristiana. Y todavía, remontándose hasta allí, las tradiciones son dudosas y simples conjeturas; se contradicen y se mezclan en una intrincada oscuridad. No se encuentran ni anales ciertos ni cronología fija. La historia es vaga y aproximativa, cuando no es mitológica y fabulosa.

La más antigua de las grandes soberanías parece haber sido la del imperio caldeo. Todos los pueblos tuvieron largo tiempo á Babel por un mismo lugar de recuerdo y de veneracion, conservado después de la huida y hasta en la separacion. Numerosas tribus, y más ó ménos próximas, honraban con cierta especie de supremacia á los jefes de Senaar. Aun hoy, el punto sagrado es el Norte para la India, el Oeste para la China. La dominacion de los caldeos, es la mitad fabulosa en sus detalles.

La unidad de gobierno es desde luego muy débil; las rivalidades de las razas y de las naciones, contribuyen singularmente á crearla y hacerla preponderante; estas rivalidades no se doblegarán más que ante el poder absoluto de los principes guerreros ó de la teocracia sacerdotal. Antes de todo, se forman los Estados particulares. El primer jefe del Haíasdan, Haic, mata á Belo de la Caldea; á este golpe, la Armenia y la Persia se separan de Babilonia, las demás comarcas rechazan toda dependencia. Los Haics armenios reinan en Armavir; el glorioso Djemschid, ocupando á Istakar ó á Balk, gobiernan el Iran; el árabe Chinzir manda en la Caldea. Así aparecen los fundadores de la dinastía. Pero en todas partes la tradicion se borra, la verdad se pierde, la condicion de los



hombres viene á hacerse más dura; la idolatría y la corrupcion se dan la mano, dan origen á la esclavitud.

Hacia el año 2300 antes de Jesucristo, un gran grito de guerra y de ambicion parte del fondo del Yemen, la más belicosa porcion de la Arabia. ¡Singular destino el de este pueblo móvil, que, en ciertas épocas fatídicas, sale de su territorio como un torrente de su lecho! Dios entrega á sí mismas á las naciones que le niegan, y desde entonces comienzan á inquietarse por tener tierras y riquezas, ganados, esclavos y oro.

Los árabes se precipitan sobre los pasos del indómito Saha, Sacyá ó Dohak; destruyen á su paso todo lo que les sirve de obstáculo. La invasion cubre la Mesopotamia y la Asiria, sube hasta la Persia, penetra en la India; mientras que un reflejo de tribus inunda también el Egipto. Una vasta red de despotismo y de impiedad envuelve entonces al mundo.

Los árabes acampan en medio de los pueblos horrorizados; el terror hace que se someta á su poder todo cuanto les rodea; pero su imperio se fracciona, y aparece disuelto tan pronto como se establece. Los vencedores se ablandan con el contacto de los vencidos; estos rompen sus cadenas y corren á las armas. La reaccion se abre paso en todas partes, y la Arabia vuelve á entrar poco á poco en su propio territorio.

Entre tanto, es necesario siempre alguna supremacía. Al fin del vigésimo siglo antes de la era cristiana, la Asiria vuelve á tomar el cetro que la Caldea ha perdido; del báculo forja una espada. Dejando al Egipto luchar contra invasores llamados en esta region *hyksos* ó pastores acaba por desembarazarse de sus efimeros dueños, y viene á ser á su vez conquistador. Las grandes expediciones militares, que deben esparcir á lo lejos su renombre y la gloria de sus príncipes, se inauguran con brillantez. Hé aquí las marchas triunfales y fabulosas de Nino y de Semiramis.

Estos, victoriosos, hacen pasar su carro sobre las naciones, sin aplastarlas sin embargo; de suerte que, despues de su paso, con la mayor frecuencia se levantan más ardientes y más belicosos. Llevan su nombre á comarcas que no

conocian, y le inscriben con orgullo sobre los monumentos que desafiarán á los siglos, y vendrán tres ó cuatro mil años más tarde á dar testimonio de su grandeza y de su vanidad á los habitantes de nuestras capitales modernas. De regreso, fuerzan á sus cautivos al trabajo, levantan gigantescas construcciones, pueblan maravillosas ciudades y dan al mundo asiático dos dominadoras rivales Ninive y Babilonia.

Semiramis la Grande, tipo semi-histórico y semi-fabuloso, llegó hasta la China; tuvo una entrevista con su emperador; tocó también en la India. La India no es belicosa, aunque Ramah saliese, segun cuenta la fábula, y pasease sus hordas al través de todo el continente hasta la Grecia. Pero si la India en la antigüedad no fué conquistadora, á lo ménos no fué conquistada. Recibe con denuedo á Semiramis sobre las orillas del Ganges, y la rechaza sobre la Asiria. Semiramis se vengó en la Armenia, cuya derrota celebra levantando ídolos; despues muere. El Asia respira con su muerte, pero para prepararse á nuevos yugos.

Volvamos al asunto: caldeos, árabes, han pasado á su vez sobre el mismo teatro. Hagamos alto esperando á otros personajes. Los débiles sucesores de los conquistadores se duermen en sus harenes; los pueblos vuelven á entrar en posesion de su nacionalidad. La especie de vasallaje que los sujetó, todavía se sacude allí donde no desapareció por completo el amor á la independencia. La Armenia es colocada en el rango de una satrapia de un orden superior y casi independiente; apenas queda tributaria. El Cáucaso conservó su terrible libertad; la Arabia recobra la suya, y el Irán, ó la Persia, con su libertador Feridun, ejerce una influencia que debilitará luego la separacion del Turán.

Mientras que el Asia se divide y lucha fratricidamente, sigue expuesta á temibles invasiones. Sus vicios serán castigados por Rhamsés, y el Egipto la disputará el cetro del continente.

Hasta aquí la China, la India y el Egipto permanecen casi fuera del movimiento general. El poder nace, crece y muere pronto sobre las orillas del Tigris y del Eufrates; es allí brillante, pero efímero. Al contrario, los tres Estados que forman como las extremidades, son



entos para constituirse, pero viven al abrigo de todo choque. Y si por acaso algun golpe, de procedencia lejana, viene á perturbar su paz, la distancia apaga el brio de los invasores.

La China conserva todo este primer período en muchas narraciones filosóficas y fabulosas, pero un solo recuerdo apenas histórico: este es el de la visita de la gran reina que vino del Occidente. Por lo demás, sus anales son oscuros como veremos.

La India se organiza con su poblacion Aryana primitiva; con sus masas, que aprenden á sufrir sin quejarse; con sus guerreros, que pudieran combatir á los chinos con éxito feliz sobre sus fronteras y montañas; con sus sacerdotes, misteriosos como sus dogmas.

El Egipto, turbado muchas veces por los ataques del exterior, no salió frecuentemente de su esfera. La raza egipcia ó de Keme lucha contra la raza de Kusch (de Etiopía) y contra la raza de Scheto (ó de los hyksos). Alguna vez extiende su influencia y sus armas hasta el Rotennu de la Asiria. Estos son sus combates y sus ensayos. Por lo demás, dividida todavía en un gran número de reducidas poblaciones y de pequeñas dinastías, es necesario que se reuna, que se combine, y sobre todo, que estreche las aguas del Nilo. Cruza sus canales, funda sus ciudades sobre montecillos, eleva monumentos y reconoce una severa distincion de castas. En estos intervalos, la guerra interior contra los árabes invasores reúne en un solo pueblo sus diferentes estados, y le acostumbra á las batallas. Desembarazado de los Hyksos, llega á un estado de histórica grandeza. Esta es la época de su fuerza y de su gloria.

Pero en el momento en que el Egipto intentó abrumar á los hijos de Israel, que moraban en la tierra de Gessen, Dios les saca de la esclavitud. En el momento, al par en que el sistema de las supersticiones egipcias, por medio de las colonias y las conquistas, va á extenderse por todo el mundo, Dios crea un pueblo para guardar la verdad.

Ya en medio de la confusion del Asia Central Dios hizo alianza con Abraham. Se reserva su posteridad, y hará salir el libertador del Universo; le marca con un sello particular, la

circuncision, que le impide confundirse con las demás familias; entonces es principalmente cuando viene á constituirse en una familia errante en medio de las naciones. Despues vendrá el momento en que, á la faz de los desórdenes de la gentilidad, deberá ser revelada la ley escrita. Dios la deposita, con la historia del hombre, en el seno del pueblo judío.

Despues de la narracion de la creacion del mundo, de la creacion de Adam, de los crímenes de su raza, de su corrupcion y de un terrible castigo, el Génesis cuenta la genealogía de Abraham hasta Noé por Sem, el pacto que Dios hizo con el patriarca, sus viajes y sus vicisitudes, la vida pura y dulce de Isaac, los dolores de Jacob, la grandeza de José, la entrada de Israel en Egipto. El Exodo narra su esclavitud y su libertad.

El dedo de Dios se muestra visible á cada paso. Moisés, escritor, legislador, guerrero, profeta, acaba un período y abre otro. Dos historias marchan, pues, simultáneamente desde el diluvio; comienza la historia de las naciones, y continúa la historia del hombre. La historia de las naciones, conviene repetirlo, no es más que incertidumbre y confusion. La ciencia encuentra en ella miras, jalones, pero no encuentra camino trazado. Las tradiciones humanas, únicos documentos de esta antigua retirada, están envueltas en un espeso y maravilloso velo.

Se unen estrechamente á las alteraciones teológicas y á las invenciones cosmogónicas; se confunden con las fábulas; alguna vez no tienen mas valor que la mitología, que las reviste ó que se mezcla con ellas. En medio de profundos vacíos, algunos hechos sin cronología aparecen solamente con un grado de autenticidad bastante cierto para no dar lugar al escepticismo histórico. La memoria de todo el Oriente ha guardado estos hechos irrecusables en sí mismos, pero trastornados y desnaturalizados por la mezcla de todos los errores, mas de tal modo que no se pueda colocarlos en orden y restablecer su série más que por hipótesis y por inducciones sincrónicas. El recuerdo de los sucesos más graves, justificados por indudables testimonios, por las ruinas y los monumentos de granito, no llega hasta nosotros



más que como un eco, á la vez solemne y confuso, en medio de un silencio universal.

Sin embargo, la historia del hombre y de sus destinos, que es lo esencial para la ciencia y para la religion, esta historia no se ha perdido en la noche eterna de los tiempos, vive con Noé y con el pueblo de Moisés.

Se ha dado la señal de dispersion. Las familias que vinieron á ser tribus, y aun casi pueblos, se alejan de la torre famosa, cuyo recuerdo les acompañará en sus más lejanas peregrinaciones.

Los jefes de las razas parten, pero la memoria de sus descendientes vivirá siempre, ya como un sentimiento, ya como una esperanza hácia ese Oriente que fué su cuna, y de donde les debe venir el Salvador.

¿Quién contará á tantos siglos de distancia, quién contará las primeras generaciones de los antepasados de la humanidad renovada, de la humanidad á la cual están abiertos los inmensos espacios del globo, apenas repuesto del cataclismo diluviano?

La Sagrada Escritura es aún aquí nuestro único guía; ella es quien en el capítulo venerable, titulado: *Libro de las generaciones de los hijos de Noé (Toldoth beni Nohah)*, ha conservado verdaderamente la genealogía del género humano.

En ella se encuentra «la más auténtica memoria de la filiación de los pueblos,» así es como se explican los órganos acreditados de la ciencia moderna (1).

Sin duda reinan todavía grandes oscuridades sobre la explicación completa de esta genealogía; pero todos los descubrimientos de lo que se ha llamado justamente «paleontología etnográfica,» vienen á confirmar los testimonios del historiador sagrado.

Los tres hijos de Noé van, pues, á dividirse en el mundo (2). Guardemos con respeto los

(1) Véase á Rawlinson, *The five great monarchies of the ancient Eastern*; Wold, t. I, 1862.

(2) El pensamiento de una «partición real» de la superficie del globo por el patriarca, ha sido aceptado en las tradiciones judías y en algunos autores griegos cristianos, tales como *Cedrenus*, *Eusebio*, *Jorge Síncelo*. *S. Philastrius*, en el cuarto siglo; pa-

nombres de los primeros hijos de estos jefes de las naciones.

Nombremos á *Sem* desde luego; es el primogénito del gran patriarca, es el abuelo de Heber, el tronco de los Hebreos, la cepa de Israel, el padre del pueblo escogido de Dios. Su hijo primogénito es *Elam*, su segundo *Assur*, su tercero *Arfawad*, su cuarto *Lud*, y su quinto *Aram*. A esta rama semítica, corresponden los pueblos más antiguos y los más ilustres del Asia. Elam dió su nombre á los *elamitas*, que así es como se llaman á sí mismos los persas primitivos. Assur es el fundador deificado de la nación Caldea y del imperio de Asiria (1).

El nombre de Lud, se reconoce en los *lidios* (*Ludoi*) del Asia Menor, y figura sobre los monumentos egipcios como significando á los pueblos de color méno; pronunciado que habitaban en Asia (2).

Aram tuvo por descendientes á los *arameos*, antigua denominación de los pueblos de la Siria (3).

En fin, Arfaxad es el padre de Salé, abuelo de Heber; á su sangre estará reservado el honor de correr en las venas del Hombre-Dios. Heber tuvo por hijo á Faleg, de quien procede el pueblo de Israel, y Joctan, del cual toman su origen los árabes *joctanidas*.

Tal es el origen de esta raza semítica, á la cual están reservados los espacios del Oriente; muéstrase constituida desde su origen, y sedentaria desde su principio. Sobre esta tierra, cuna del género humano, y marcada con un sello de grandeza, todo parece fijarse rápidamente, todo toma con velocidad un carácter de fuerza y de poder.

El hombre se reproduce en estos cálidos y felices climas. Se une fuertemente á esta dócil naturaleza, que le suministra abundantemente los pastos de sus ganados y los materiales de

rece tenerla por una verdad cierta. (Véase al abate *Darras*, *op. cit.*, t. I, p. 336).

(1) En las tradiciones del país, lleva el nombre de *Thur* ó *Athur*.

(2) *Brugsch*, *Historia de Egipto*. t. I, p. 3.

(3) No solamente estos pueblos se llaman así, sino que Homero y Hesiodo los designan también con esta denominación.



sus ciudades. También cuando las tribus de la raza bendecida de Sem plantaron sus tiendas y fijaron sus viviendas en los campos que correspondían á su partición, se dividieron este dominio.

Contentas con su lote, se situaron á la sombra de las palmeras y sobre las orillas de los ríos; después, cuando los hijos del patriarca se hubieron multiplicado, construyeron pueblos y ciudades allí donde se había fijado su padre. Parecía que, recordando todo el decreto que las dispersaba, las familias semíticas abandonaban con sentimiento el lugar de su reunión. Un instinto invencible las impulsaba á Babilonia, á la torre, primera obra de sus manos, al imperio que había dominado antes de todos. También las poblaciones asiáticas, los hijos de Sem, conservaron largo tiempo una profunda veneración hácia el cetro de la antigua patria, hácia la reina de las ciudades, que más de una vez les ató á su carro de triunfo; cuando cesó la fuerza material, la voz de Babel conservó poder sobre los que otras veces había llamado sus hijos y sus súbditos.

Uno de los caracteres más notables y que más resaltan entre las tres razas originarias, es ese amor por la vida pacífica y sedentaria, esa facilidad de constitución que se encuentra en todos los pueblos de la raza semítica. De esta observación se desprenden numerosas consecuencias: las formas despóticas de gobierno, el fraccionamiento de las poblaciones en *castas*, el poder ilimitado é incontestable de los sacerdotes sobre las naciones, se derivan naturalmente de este carácter.

El hijo de Sem, habituado por nacimiento al gobierno patriarcal, sufre y tolera sin murmurar la autoridad absoluta del jefe de la nación, en el cual ha venerado largo tiempo á su padre. Recibe sus órdenes con respetuoso acatamiento. Se contenta con vivir y morir en el rango en que ha nacido; confiando el cuidado del Estado al poder que acepta de derecho divino y paternal, vive para él y para su familia en humilde sumisión; es feliz con que el ministro del cielo le sirva de mediador y arregle sus intereses con la Divinidad, como el príncipe los regula con la sociedad. Por

otra parte, nada tiene que ver con el imperio más que para pagar el tributo que ofrece al soberano y el impuesto que recibe de su religiosidad la clase sacerdotal.

Si alguna vez el capricho de un dueño le arranca de su surco ó de su taller para precipitarle sobre el mundo ó encorvarle sobre los trabajos de los palacios, entonces el palo de los oficiales ó de los arquitectos le lleva hasta las extremidades de la tierra, ó le hace elevar á los aires sólidas y prodigiosas construcciones. Pero luego que el conquistador ó el déspota dejan de existir, el indolente asiático vuelve á entrar en su reposo, dejando el triunfo imperfecto ó los monumentos incompletos y sin concluir. Por lo demás, sufrirá el yugo con tanta facilidad como se le impuso. Vida social, existencia política, son para él palabras desconocidas. Sus intereses individuales le ocupan preferentemente; su vida material es muy dulce para que sueñe en otra cosa en el mundo.

Esto es lo que da la razón del estado singular del Asia, de esa serie de grandes monarquías que un día ve nacer y morir á la vez, que se suceden á su vez sin dejar vestigios durables, sin casi trastornar las comarcas. No hay más que un cambio de supremacía nominal, de tributos recibidos y exigidos: los reyes cambian, los pueblos subsisten.

A excepción de dos flotantes poblaciones del Norte y del Sur, los *scitas*, vagamundos por las llanuras, y los árabes, vagamundos por el desierto, que de tiempo en tiempo extienden su terrible correría á los llanos y pasan como el huracán; á excepción de estas hordas, que no tienen nacionalidad, ó que no tienen más que la de la tribu y de la familia, las razas semíticas se han mostrado en el curso de las edades particularmente sedentarias y adheridas al suelo.

No es este el destino de los otros dos hijos de Noé.

Cam, cargado de la maldición paternal, va á llevar á lo lejos sus tribus errantes, no sin gloria, sino como buscando vengarse y heridas de una terrible reprobación.

Cam tuvo cuatro hijos: *Chus* ó *Kusch*, *Mezraim*, *Fut* y *Canaan*. El nombre de Cam es el



que el antiguo Egipto se gloriará de tomar, *Keme* (1) ó *Chemia* (2), se le encuentra bajo la forma de *Ham*, ó *Am mon*, en el nombre genérico del Africa. Chus es el jefe de esta gran familia kuschita, que reinó en las llanuras de Senaar y llevó sus descendientes hasta la Etiopía. La más grande figura de esta raza, es el primer fundador del imperio, Nemrod, el violento cazador, el rey de Babilonia. Mezraim figura también á la cabeza de la raza egipcia. Fut aparece como el padre de los que han poblado la Libia, y Canaan ocupaba la tierra prometida y las costas del Mediterráneo, hasta que José conquistó y avasalló sus dominios.

Cam, segun la profecía vengadora, «servirá siempre á sus hermanos.» Cercenado en el Egipto, sufrirá por derecha é izquierda la dominación de los árabes, de los hijos de Sem, y doblará la rodilla bajo los hiksos como bajo el conquistador Sacyá. Atacado hasta el borde de las olas, caerá con la Palestina en manos de los hebreos. Errante y proscrito, en vano se arrojará á la mar y cubrirá con sus colonias las costas del mundo entero; siempre encontrará á los hijos de sus hermanos, por medio de los cuales será necesario que el oráculo se cumpla, esperando los decretos divinos, á Roma y sus belicosas cohortes para ejecutar soberanamente la sentencia pronunciada en las llanuras de Senaar.

Cam vaga errante por el mundo; Jafet es viajero y dominador. Sus hijos son: *Gomer*, *Magog*, *Madai*, *Jovan*, *Thabal*, *Mosoch* y *Thiras*. En el primero, cuyo nombre se escribe *Gmr* ó *Gimr*, se reconoce comunmente al jefe de la gran familia de los *Kimr* ó *Kymris*, de donde vinieron los celtas y los germanos. Los hijos de Gomer son: *Ascanz*, origen quizá del nombre de la *Ascania* en el Asia Menor, del nombre del mar *Askeniano* (Ponto Euxino) (3); *Rifat*, de donde descendía el pueblo indomable de los montes Rifeos (4), y *Shorgom* ó *Thorgoma*, que reclaman los antiguos frígios *thigrammianos* y los modernos *turkomanos*.

(1) *Keme*, dicen los monumentos.

(2) *Chemia*, dice Plutarco.

(3) *Pontus Asenus*; el hebreo dice *Aschenaz* para nombrar al patriarca.

(4) *Genese frena virum*, Virgilio, *Georgi.*, lib. III.

De Gog ó Magog descienden los pueblos scitas; los *me los*, de Madai; Jovan reconoce por suyos á todos los *yavanas*, todos los *youni*, los *jonios* ó griegos del Asia Menor y de la Europa; y sus hijos *Elisah*, *Tharsis*, *Cethim* y *Dodanim*, han señalado su recuerdo en *Ellas*; la Grecia, en la Cilicia, donde está la ciudad de *Tharse*; en la isla de Chipre, donde está *Kittium*; en la Tracia, donde están los *cythianos* (*Kethioi*); en fin, en el santuario de *Dodone*. Thobal pasa por el antepasado de los *Thobelianos* (1), nombre primitivo de los iberos, de los euskaros, del «pueblo del cordero.» Los *moscovitas*, reclaman á Mosoch ó Moshk, y los *thracios* se remontan á Thiras.

Vemos que la raza de Jafet es la de los grandes destinos; es la que «habitará en las tiendas de Sem y será dueña de Cam.»

Jafet es intrépido, es fuerte, no se desanima ante los peligros. Cubrirá con gusto las llanuras, salvará las montañas, pasará los estrechos, hasta que haya conquistado completamente esta Europa, que será su dominio; hasta que haya llevado sus armas, sus navios y sus pabellones á las extremidades del globo.

En los peligros de estas largas peregrinaciones contará en su mayor parte con su fuerza personal, adquirirá una elevada idea de su poder. Consentirá en ser tribu, nacion, y no sucumbirá bajo el cetro de un déspota. Es la raza bendita, la raza libre; aun con la monarquía, conservará la independencia individual, el concurso personal en la dirección del gobierno.

En cambio, perderá quizá más pronto el recuerdo de las verdades primordiales; se apartará más de las tradiciones religiosas, guardará con menos fidelidad las huellas de la religión primitiva. Pero en el fondo, es el pueblo de los fuertes, á él á quien Dios reserva el mando y el imperio; él es quien despues de haber sido dueño del mundo con Roma pagana, será despues de la venida de Jesucristo el soldado de la verdad, de la civilización y de la fe, con la Roma moderna, la Roma de los Papas.

(1) Sus capitales, segun Ptolomeo, eran *Teleba* y *Thabilaca*.



A estos rasgos generales, es difícil unir indicaciones más precisas. Hé aquí, sin embargo, la división que la ciencia contemporánea cree poder establecer.

El Africa es el principal dominio de la raza chamítica. Allí se estableció de un modo poderoso y durable; el Egipto es el lugar principal de su desenvolvimiento, de su inteligencia, de sus artes, de su gloria. El hijo menor de Cam pasó al Asia y fundó el imperio más antiguo; descendió hasta la India, y se esparció por la Media sobre la Persia. Precedió, pues, sobre este suelo originario á sus dos hermanas, la raza de Sem y la raza de Jafet; ocupó el litoral del Mediterráneo, la Fenicia, y penetró en la Arabia Meridional (1).

A ella probablemente pertenecerán las hordas de los negros, de los cafres y de los hotentotes, y quizá los indígenas del Sur de la América (2).

El Asia viene á ser en gran parte de la raza semítica. Ella toma posesion despues del paso de las otras dos, y establece sus vastos dominios en Assiria, en Persia, en Arabia; quitará á los hijos de Canaan la Palestina, de la cual hará la morada de los hijos de Israel. Desde allí llegará quizá á la China, y casi seguramente á la América (3).

(1) Tal es la opinion más acreditada hoy. Cada dia recibe nuevas confirmaciones, sin embargo de la incertidumbre que debe necesariamente reinar acerca de estos tiempos tan remotos (Véanse los notables trabajos del baron D'Ekstein, *Cuestiones relativas á las antigüedades de los pueblos semíticos*; Oppert, *Noticia de las antigüedades assirias de Londres*; Schoebel, *Memoria sobre el monoteísmo primitivo*, en los *Anales de la Filosofía cristiana*, 1861; Pictet, *Los orígenes indo-europeos ó los Aryas primitivos*; *Ensayo de paleontología etnográfica*, 1862; M. Robiou ha analizado con cuidado la mayor parte de estas indagaciones en su *Historia antigua de los pueblos de Oriente*.

(2) Vendrían por estas «tierras destrozadas por el tridente de Neptuno,» de que nos habla Theopompo en su *Merópida*, y por la Atlántida, que seria un Africa complementaria uniendo los dos hemisferios, y despues desapareció bajo las aguas. Tal es, á lo ménos, la opinion expresada en los *Anales de los viajes* (año 1858). «Nuestros marinos, dicen estos *Anales*, comienzan á extrañarse de la poca profundidad que la sonda les da entre la costa occidental del Africa y las islas del Cabo Verde; suponen aquí la presencia de algun antiguo continente.»

(3) Este es, dice M. de Humboldt, el camino que

La raza jafética se volverá á encontrar por todas partes, pero la Europa será su centro. Ella es la que dará á la Persia, á la India, á la Bactriana, el antiguo pueblo de los Aryás; la que formará todas esas tribus que se hallan extendidas desde el mar de las Indias al Atlántico (1), de Ceilan á Irlanda; de ella nacerán los iberos y los galos, á los cuales se someterán la Italia, la Galia, la Bretaña armoricana y la isla de Bretaña; á ella es á quien pertenecerán los pelasgos, que dejarán sus vestigios desde la Frigia, la Lidia y la Troada, hasta la Tesalia, la Grecia, la Italia meridional; quizá también hasta España y el Norte de Africa.

Ella es la que creará las asociaciones guerreras de la Germania, entrando en Europa por el Cáucaso, y dividiéndose en tres ramas: la de los teutones, suevos, francos y alemanes; la de los sajones, frisios, lombardos é ingleses; la de los escandinavos y de los godos. Ella es la que también dará origen á los eslavos, cuyos campamentos se trasportarán á continuacion de los celtas, de los montes Krapathos á las orillas del Báltico y el mar Negro.

¡Lejos de nosotros la idea de haber aclarado el caos de esas generaciones de pueblos, mezcladas y cruzadas por tantas vicisitudes y revoluciones en el curso de los siglos! Bástenos, en el momento en que vamos á seguir los destinos de la humanidad en el espacio y en el tiempo, haber ensayado el marcar el punto de partida.

La observación de las diferencias constantes entre los habitantes de la tierra, segun los

recorren todavía los *hiuskis*, cuando cada año van á hacer la guerra contra los americanos de la costa NO. (*Ensayo político sobre la Nueva-España*, t. II).

(1) «Una porcion pobló la India, y de esa porcion descendieron los bengalios modernos, los schcikos, los mahrattas, los habitantes de Malabar, de Tamul, los telingianos, los zingris, los cingales, los habitantes de las islas Maldivas; otra porcion habitó la Persia y produjo á los parsis y á los partos antiguos, los guebros modernos, los persanos, los kurdas, buckaresianos, los afghanos y los beluscos, así como los ossetas del Cáucaso.... Desde los montes Altai al Cáucaso, se esparcieron muchas razas, que se podrian llamar *caucasianas*; entre estas últimas, la más poderosa es la turca, con sus variedades de uigueros, de turkomanos, de usbeckos, de seldjukidas y ottomanos.» (Cantú, *Historia Universal*, t. I).